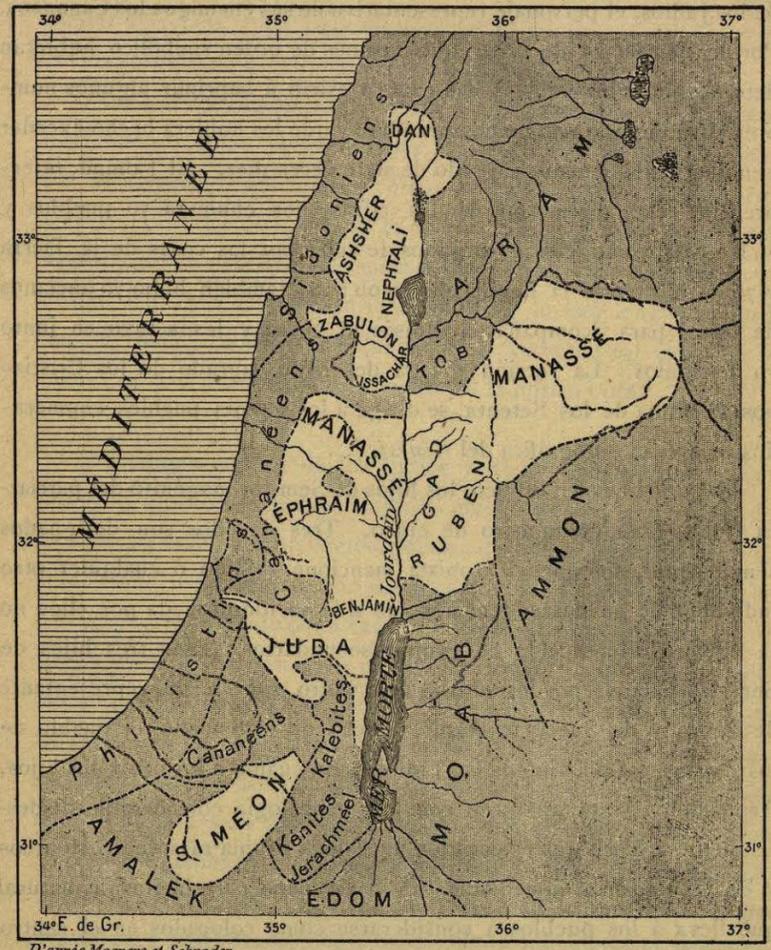
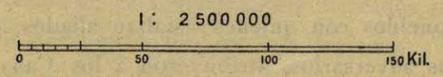


negros son mencionados, aunque unos y otros deben seguramente haber penetrado en el horizonte semítico por algunos representantes¹. Gog

N.º 117. Tribus de los Judíos y pueblos inmediatos.



D'après Maspéro et Schrader.



y Magog, de quienes ciertos comentaristas recientes han querido hacer, en interés de discusiones políticas, los antepasados de las poblaciones

¹ Fr. Lenormant, *Les Origènes de l'Histoire*, II, p. 204.

del Norte de Asia, son nombres étnicos aplicables á tribus caucásicas; y Cam, el maldito, a quien algunos fautores de la esclavitud, vanagloriándose al mismo tiempo de ser buenos cristianos, han designado como el padre de todos los Africanos, era muy especialmente en el concepto de los Judíos, el personaje representativo de sus enemigos los Cananeos. Por lo demás; es de creer que razones de orden simbólico hubieran determinado á los copistas del cuadro asirio á suprimir algunos nombres cuya importancia no comprendían y que les hubiera hecho exceder el número doblemente sagrado de siete veces diez. El Talmud, intérprete de ese misticismo de las cifras, nos enumera 70 pueblos y 70 lenguas, 70 ángeles encargados de velar por las cosas de la Tierra y 70 miembros de la familia de Jacob; así también hubo 70 ancianos de Israel para acompañar á Moisés al Sinaí y Jesús tuvo en junto 70 discípulos. La versión griega del libro sagrado de los Cristianos, la Biblia de los Setenta, se dirige á los setenta pueblos enumerados en la lista etnográfica del *Génesis*¹.

Según el cuadro bíblico, los hijos de Sem, primogénito del patriarca Noah, eran en número de cinco. Tres de ellos son designados simplemente, sin que el cronista mencione su hijo ó cualquier otro individuo de su descendencia, como si la nación formada por ellos no se hubiera diferenciado en grupos secundarios. Esos tres hijos de Sem descuidados por los autores del cuadro, son: Elam, representante de Persia y de Súciana; Assur, ó dicho de otro modo, el pueblo de los Asirios, y Lud, tipo de los Lidios. En cuanto a los otros dos hijos, Arphaxad y Aram, aparecen con una genealogía considerable de descendientes: como que es cuestión aquí de la propia raza de los Hebreos y de las naciones inmediatas. A consecuencia de la ilusión natural que lleva á los pueblos á considerarse como colocados en el centro del universo, los Judíos dieron el rango de verdaderas naciones á todas las tribus y pueblos con quienes estaban aliados, del mismo modo que, entre sus adversarios, atribuyeron á los Cananeos, rechazados como abominables hijos de Cam, una importancia completamente excepcional. A consecuencia de la falsedad del punto de vista, se halló que sobre el número de 70 naciones que se suponía habían de

¹ Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, ps. 328, 329. — E. Maurice Lévy, *Nota manuscrita*. (Véase el cuadro de las naciones en el capítulo siguiente).

constituir el conjunto de la humanidad, 35, es decir, exactamente la mitad, eran poblaciones amigas ó enemigas de los Judíos y ocupaban la estrecha banda de tierra comprendida entre el Mediterráneo, el alto Tigris y el desierto; el golfo de Pelusa y el Taurus armenio eran sus límites extremos. Así la geografía de los escritores del *Génesis* nos revela sobre todo la estrechez de su horizonte.

Aunque los Judíos hayan puesto grande empeño en representar á los Cananeos como pertenecientes á la raza maldita de Cam, parece, por el contrario, que unos y otros formaban parte del mismo grupo étnico. Físicamente ofrecían el mismo tipo: vecinos inmediatos, se disputaban la posesión del mismo suelo, de la misma patria, y, por último, hablaban dialectos diferentes de un mismo lenguaje: los idiomas de Judá y de Israel, de Canaán y de Aram, de tal modo se parecían, que se les empleaba igualmente en la misma obra.

La mezcla caótica de los Judíos y de los Cananeos en el espacio estrecho que los encerraba impidió mucho tiempo á la nación de los Beni-Israel escogerse un centro político duradero. Dispersos en tribus y luchando penosamente por su existencia, los Judíos no podían darse una capital y se limitaban á tomar un lugar de reunión para sus delegados cuando ocurrían crisis graves que pedían una acción colectiva. Un *galgal*, rústico altar de piedra, montón de piedras erigidas en medio de la llanura de Jericó, primera ciudad de la Cis-Jordania, fué el lugar de reunión donde las diversas tribus venían á renovar de tiempo en tiempo el lazo de cohesión nacional y reafirmar el sentimiento de su unidad. Cuando los Judíos tuvieron más sólidamente asiento en la comarca y la vida económica tomó más intensidad, se estableció un nuevo centro de gravedad, y entre las doce familias israelitas prevaleció la costumbre de reunirse con ocasión de las fiestas y de los mercados sobre los confines de las dos tribus meridionales de Judá y de Benjamín. Sobre ese terreno neutro entre los Josefitas del Norte y los Judíos ó Judeanos propiamente dichos del Sud, existe Beth-El, es decir, la «casa de Dios», pirámide graduada, comparable á las que elevaban los Babilonios en sus grandes ciudades del Tigris y del Eufrates, pero de dimensiones mucho más humildes¹.

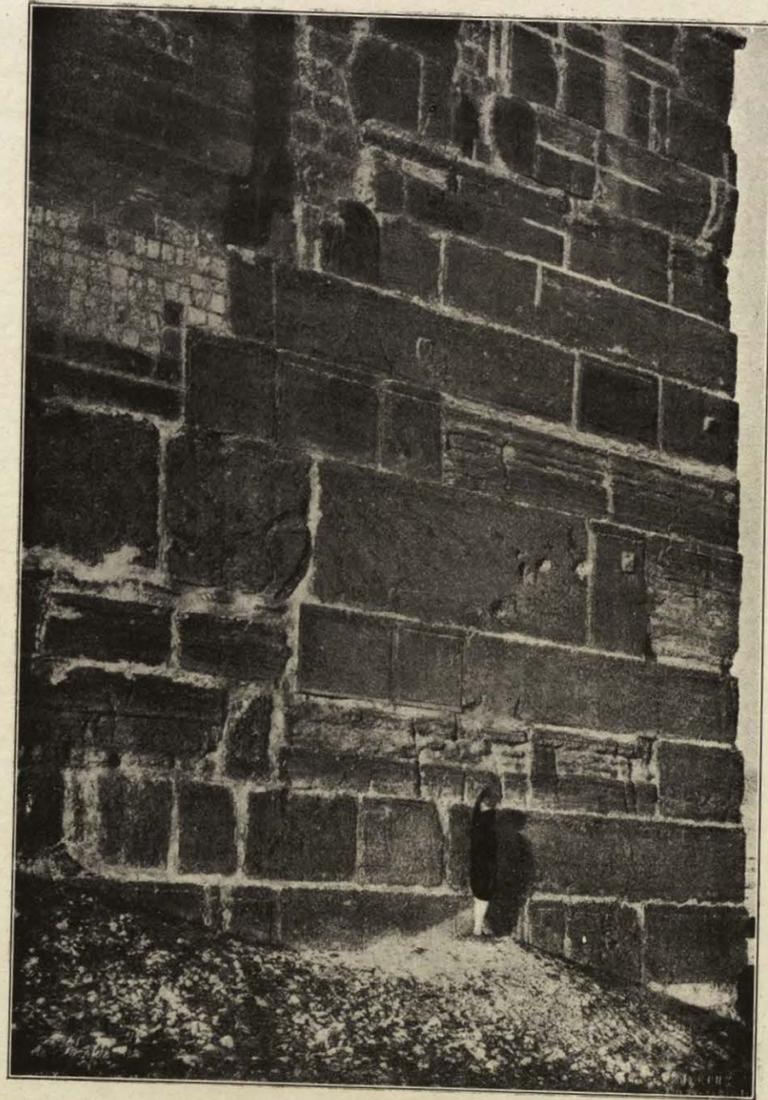
¹ Ernest Renan, *Histoire du Peuple d'Israël*.

Después varió un poco hacia el Norte el centro político, á consecuencia de las incursiones filisteas, y las tribus se reunieron en otro campo de feria y de oración, menos expuesto al peligro. Entonces fué cuando Siloh, la moderna Seilum, llegó á ser una especie de capital religiosa, desde luego mucho mejor situada que todo otro lugar de la Palestina como foco natural del conjunto de los Beni-Israel.

Durante un período indefinido de lo menos tres siglos, la confederación de las tribus israelitas vivió así, sin capital oficial, pero conservando la conciencia de su parentesco, aunque se produjera poco á poco cierto antagonismo entre el grupo de Judá y el de Israel ó de los Josefitas: hasta en el destierro quedó imperfecta la sutura entre los Beni-Yacob y los Beni-Yusef, división latente que hubo de tomar un carácter más agudo precisamente en la época en que la potencia militar de la confederación cambió de lugar en pro de una sola de las doce tribus y le aseguró la dominación violenta. El lugar de las reuniones perdió entonces el carácter de neutralidad que le había dado su situación intermedia entre los dos grupos de tribus y fué transferido hacia el Sud, en pleno territorio de Judá, en un terreno que había conservado sin duda cierta fama de santidad, como lo indica su denominación Uru-Salim, «ciudad del Dios y de la Paz». Esta ciudad existía ya mucho antes de la llegada de los Beni-Israel á la «Tierra Prometida», probablemente desde los tiempos de una antigua dominación de los Babilonios, que la habían consagrado á uno de sus dioses nacionales¹.

Cuando David, el afortunado capitán de partidas que llegó á ser rey, instaló su residencia en Jerusalén, se había inspirado evidentemente en consideraciones estratégicas. Como soldado había de habitar en una ciudadela y no en una de esas ciudades abiertas cerca de las cuales venían á acampar los mercaderes, y Jerusalén respondía á esta necesidad para ocupar una posición muy fuerte; situada exactamente sobre la arista que divide la vertiente entre el Mediterráneo y la Mar Muerta, domina toda la comarca, elevándose como una torre de vigía sobre el gran cuadrilátero comprendido entre Egipto y el valle de Esdraelón: al Oeste, al Sud y al Este el suelo se corta brus-

¹ Sayce, *Patriarchal Palestine*, p. 73.



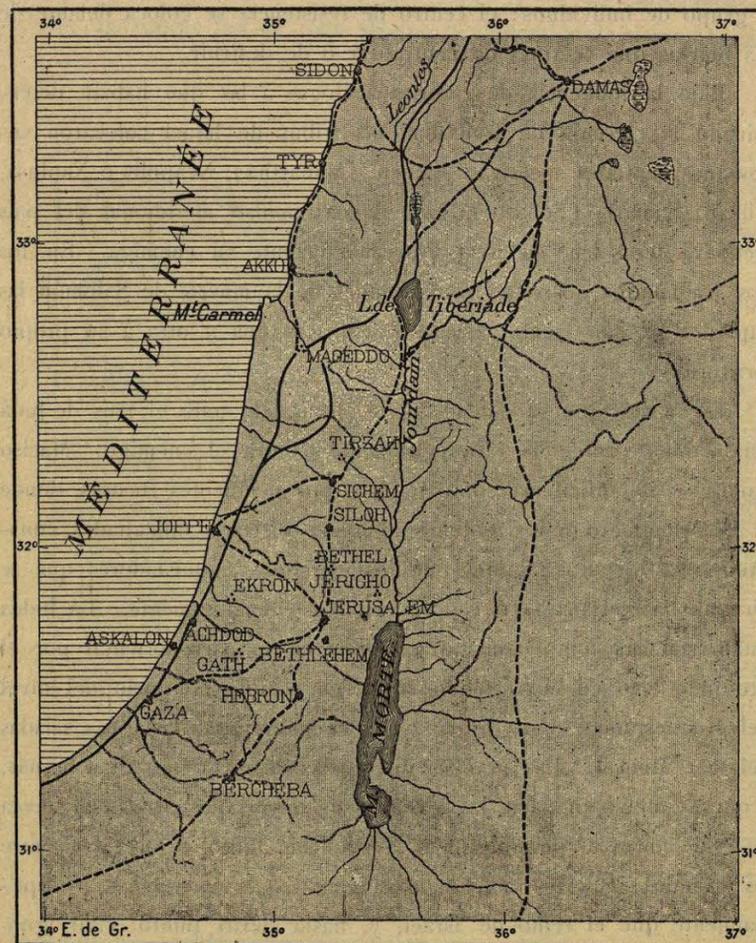
Cl Bonjils

SILLARES SALOMÓNICOS
(FORTIFICACIONES DE JERUSALÉN)

De una fotografía.

camente en torrentes profundos, cuyas paredes, actualmente gastadas por el tiempo, eran antes de difícil, escalo: únicamente al Noroeste,

N.º 118. Caminos y ciudades de la Palestina.



1 : 2 500 000

0 50 100 150 Kil.

La Pentápolis filistea comprendía Askalon, Achdod, Ekron, Gath y Gaza.

un istmo de rocas, cerrado por obras de defensa, unía el acantilado al resto de la meseta. No podía escogerse mejor posición para agrupar las fuerzas contra los Filisteos que ocupaban ciudades fortifica-